



COSITAS ANTIGUAS

Por Carlos Robreño

EL TIMO DEL ESPAÑOL INCOGNITO.

MUCHOS "timos" se han puesto en práctica desde que el mundo es mundo y todavía en la actualidad con frecuencia sabemos de algún infeliz provinciano que ha sido víctima del engaño de la "guitarra" o el de la limosna, a pesar de ser ambos muy conocidos. Sin embargo, puede asegurarse que ninguno ha tenido las enormes proporciones, dado que alcanzó a una población entera que aquel tramado y llevado a vías de hecho, durante el año 1921 sobre el escenario del llamado teatro Nacional... de los gallegos, pues a este centro regional pertenece.

En aquella época, estaba en boga la lucha libre o "catch as catch can" que venía a ser una degeneración de la clásica greco-romana, pero sin alcanzar los ribetes bufonescos del actual Pancracio y sus derivados. Y si el toreo tuvo en sus comienzos la rivalidad de las escuelas sevillana y cordobesa y eran Frascuelo y Lagartijo los que se dividían la simpatía popular, estas competencias del colchón conocía de dos ídolos a la par: Stanislaw Zbysco y "Strangled" Lewis.

Aprovechando tal interés deportivo se presentó un buen día sobre la escena de nuestro máximo coliseo una "troupe" de semejantes luchadores, en la cual se incluía un defensor de los colores franceses: Róul de Rohuen, un estilista norteamericano: Cutler; el irlandés Mc Gee; el exagerado portugués, poseedor de grandes mostachos: Silva; un austriaco y un alemán; un ruso apellidado Lutoff y como figura estelar el apolíneo Wladek Zbysco, hermano de Stanislaw. Como organizador y manager social fungía un señor de aspecto respetable: amplia calva, elegantemente trajectado a la inglesa y un inseparable monóculo. Nos referimos a Andrés Perelló de Seguro, que en sus años mozos había actuado como bajo cantante en el "Metropolitan Opera House".

El "show" fué montado dignamente y para darle mayor teatralidad, oficiaba de anunciador un veterano actor: Pepe Berrio, padre de nuestras admiradas Lolita y Pepita del mismo apellido, que en todo momento le daba a sus palabras la gravedad que exigiría un drama de Echegaray.

Pero las muchedumbres son caprichosas y el espectáculo no acababa de interesar, pese a que el moscovita Luttoff ofreció la nota emotiva al morir instantáneamente dentro de su camarino, después de haber torcido junto a su cuello un largo rallo de acero.

Y una noche en que los espectadores apenas si habían ocupado media sala del antiguo Tacón, se adelantó Perelló de Seguro hacia el proscenio, con paso firme como si fuera a entonar una romanza y pidió permiso al "respetable público

—entonces se le decía respetable— para leerle una carta en la que un "comerciante arraigado en New Orleans, pero de paso por La Habana y cultivador de dicho deporte, pedía permiso para actuar en tal torneo si se lo permitían, teniendo en cuenta que ya había comenzado la competencia". Y firmaba con un pseudónimo que prontamente iba a popularizarse en grado superlativo: "Español Incógnito".

Perelló, ducho en achaques teatrales, sabía lo que estaba leyendo y cuando al final de la noticia preguntó a la concurrencia si ésta concedía su venia, un "sí" clamoroso en medio de una cerrada ovación fué la cálida respuesta.

La colonia española en Cuba era entonces numerosísima y aún no dividida por los apasionamientos de la guerra civil posterior, formaba una masa compacta e indivisible muy fácil de manejar con un repiquetear de castañuelas y unas cintas rojas y gualdas flotando al viento. Y en esta ocasión el experimento no falló tampoco y dió el resultado apetecido, pues la sala del amplio "Nacional" se colmaba todas las noches, de bote en bote, para admirar y aplaudir al bravo "Español Incógnito" derrotando adversarios y más adversarios por medio de llaves que a veces lucían fantásticas.

Y fué tanto el fanatismo despertado por dicho gladiador que en vano fué que al vecino "Payret" viniera otro grupo de luchadores con el campeón mundial de greco-romana Constan Le Marin al frente y de lugarteniente el vascongado Ochoa, verdadero dueño de ese título en la Península. La colonia hispana aquí residente seguía prodigando su simpatía hacia el primero, no sabemos si por considerarlo más español o más incógnito.

Barridos ya todos los contrarios conocidos, se le enfrentó con el famoso Conde Koma, el invencible Yamato Maida que nos visitaba por segunda vez y agotada la escala de las emotividades en sus distintos encuentros con el ágil japonés, el Español Incógnito tuvo también como rivales a un oso del Circo Santos y Artigas y al león Samson y hasta a un resignado kanguro.

Después, el fanatismo fué decreciendo, sobre todo cuando se fué filtrando el rumor de que aquel valeroso atleta, del cual fuimos después buenos amigos, era rumano de nacimiento, nunca había habiéndose ganado la vida durante mucho tiempo estado en España y se llamaba Pablo Alvarez, como "extra" debido a sus conocimientos de jiu-jitsu, en las películas que se filmaban en Hollywood y en las cuales se incluían escenas de riñas tumultuarias.

Pero ya era tarde. El "Español Incógnito" había timado a toda una población con una nacionalidad y una championabilidad que nunca había poseído.